

CRÓNICAS DEL VERANO EN ESPAÑA

GALICIA

DE SANTIAGO A FINISTERRE

Salimos de Santiago a media mañana. El día es espléndido. Atravesamos el valle de la Mahía por Bertamiráns y Los Angeles. A la izquierda queda Ortoño, donde vivió Rosalía de Castro varios años cuando era niña. Muy cerca, también hacia la izquierda, está Bastavales, cuyas campanas fueron por ella cantadas en un famoso poema. A la derecha, por donde el monte sube, Brión, con el famoso santuario de Santa Minia. Muy cerca, el feudo de los Altamira. Es ésta una tierra de maíz, de viñedos y de pinares. Entrando en Urdilde aparecen las robledas, los tojos y el brezo. Los montes altos que comienzan a bajar hacia el mar por Treito y Confurco, con los horizontes de Finisterre presentidos en la lejanía. Pasamos el monasterio de San Xusto y, por una carretera empinada y curva, llegamos a Noya, a 35 kilómetros de Santiago, donde hacemos el primer alto.

Noya es una de las villas gallegas más hermosas y señoriales. Y también una de las más antiguas. En 1968 celebró su VIII centenario. Su origen es legendario. Dicen que fue fundada por Noé. Por estas riberas quedó varada su arca. Su antiguo nombre fue Noela. Se levanta junto al río Treba, a los pies de la sierra de Barbanza, donde en tiempos hubo toros salvajes y hace dos mil años era refugio de los celtas contra la tiranía de Roma. A la derecha queda la Alameda con el busto del escultor Felipe de Castro. A la izquierda, la mole de la villa, sus malecones, sus barcos, sus rúas y sus tres famosas iglesias: Santa María, San Martín y San Francisco. Hay por aquí hermosas plazas porticadas. Hermosos cruceros (Noya es tierra de cruceros). Famoso es el de su cementerio. Noya, por otra parte, es el pueblo de Galicia donde hay más afición a los toros. (Labarta Pose escribió un famoso verso sobre la pasión noyesa por la fiesta brava.)

Seguimos. Nuestra meta es Finisterre y todavía queda lejos. Por el puente de Don Alonso (llamado también «puente Nefasto») atravesamos el Tambre. Siguen los pinares y los maizales. La carretera bordea la ría. (Las rías de Noya y Muros se llaman «rías Neiras». Se hallan situadas entre las rías bajas y las rías altas. Son rías de transición. Unen y separan la Galicia del Sur con la Galicia del Norte.) Llegamos a Sierra de Outes. Aquí nació uno de los grandes poetas gallegos: Francisco Añón (1812-1878). Un busto de bronce lo recuerda, a la izquierda de la carretera. «Ai, esperta adourada Galicia», recordamos mientras el coche pasa. Por Tal, Bornallo y Abelleira llegamos a Muros, otra de las villas más señoriales y antiguas de Galicia, con calles estrechas y porticadas que se pierden monte arriba, con su tradición marinera, sus grandes capitanes y su pasado esplendor. Hacemos un alto. Es obligado. Muros fue en tiempos uno de los puertos más importantes de Galicia. Famosa es la belleza de sus mujeres. Las cantó Rosalía: «As de Muros, tan finíñas que un coídara que se creban, con aquelas caras de virxe, con aqueles ollos de almen-

COSTA DE LA LUZ

LANJARON Y SU CASTILLO

Hace escaso tiempo los lectores de ABC pudieron asombrarse ante la fotografía de un viejo castillo moro puesto a la venta, en Lanjarón, por el miniprecio de 50.000 pesetas.

Este pueblo encaramado en la comarca alpujarreña se arropa con el más exuberante adorno de frutales y jamares. La publicidad pregona a diario «Lanjarón es vida» por sus numerosas fuentes de aguas curativas. Dicen que en 1844 eran 32 los manantiales. Mas no es intento de esta columna divulgar su balneario o sus incentivos turísticos. Estamos refiriéndonos al famoso castillo árabe tan cargado de historia y cuyas ruinas fueron puestas a subasta. Nada menos que el Rey Católico organizó la conquista del núcleo de resistencia encastillado en la roca cimera que domina un hondo valle, defendido por Al Kahal—el Negro—con 300 defensores. Perdida que fue la fortaleza se arrojó el jefe por uno de los tajos circundantes y se estrelló.

Todo este capítulo se agarra como hiedra a las vetustas piedras y recibe haces de luz que le convierten en escua de oro durante las serenas noches granadinas. Porque la ruinoso estampa bé-

lica, al ser adquirida por su actual propietario—que en la puja rebasó las 200.000 pesetas—mereció esta artística iluminación para recreo de la vista. Lo de ruinoso es debido a que, en tiempos de Mendizábal, cierto ricachón compró los alledaños llamados «Cañada del Castillo» y no encontró mejor cantera para señalar sus lindes que las heroicas piedras de la fortaleza.

Afortunadamente, un general que solía acudir las temporadas de cura de aguas, supo de la «faena» y cesó el desguace, amén del castigo correspondiente.

La dorada visión nocturna (luz amarilla y blanca sobre las murallas) admira hasta el punto de imitarla en algún que otro castillo coronel de los que Andalucía atesora, y de entre todos destacamos el de Salobreña, que ha instalado un dispositivo automático mediante el cual—y previa introducción de una moneda de 25 pesetas—se inunda de luz determinado tiempo en las noches «que no le toca» iluminación municipal.

Ya va dando fruto la idea de reivindicar historia y leyenda patrias sembrada por los Amigos de los Castillos. Leopoldo CABALLERO.

dra.» Por estas aguas, que tanto saben de heroísmos y naufragios, luchó Alvaro de Bazán contra los ingleses el día del Apóstol de 1544.

Un poco más allá, a tres kilómetros, está el monte Louro. Hay por aquí una playa muy concurrida. Avanza nuestro «Alpine» ciñéndose fácilmente a las curvas y haciendo ronronear su potente motor. Estamos en tierras de Carnota. Siguen los pinares y los maizales. Ante nosotros aparecen numerosos y grandes hórreos. A la derecha, monte y rocas. A la izquierda, el mar, una extensa playa, donde las olas se convierten en blanca espuma. Adelante. Algunas rectas donde el coche pide gas. Llegamos a Caldebarcos. Los montes, por la derecha, se hacen cada vez más abruptos. Y llegamos a El Pindo, donde el río Jallas se precipita en violenta cascada. Un alto. Mirada al monte. Dicen las guías turísticas que fue un olimpo celta. Es una mole pelada, gris, dramática. El mar, enfrente. Violento y aullante. Las mujeres que vemos visten todas de luto. ¿Por qué? El mar tiene la palabra. Atravesamos el Jallas, Ezaro, Caneliñas, con su factoría ballenera, Cée. Del otro lado aparece Corcubión. A la derecha, la carretera que conduce a La Coruña, subiendo montes y pinares.

Corcubión tiene cierto parecido con Muros. Pero es una villa más luminosa y moderna. Hay gran actividad turística. Huele a mar, a vientos salados. Y aquí almorzamos. Es ya un poco tarde. El puerto de Corcubión es muy abrigado. En él se refugian los barcos en tiempo de tempestades. Un café. Y otra vez al coche, hacia Finisterre. Pinares y tojos. Fábricas de aserrar. Atravesamos el Sardinero con sus blancas dunas. Más allá, a 16 kilómetros de Corcubión,

Finisterre, el fin del mundo. No nos paramos en el pueblo. Seguimos hasta la punta del cabo, donde se levanta el potente faro, para ver la puesta de sol. El espectáculo es insólito, indescriptible. El sol parece ahogarse en el mar. Las aguas parecen incendiarse como si se hubiesen convertido en gasolina. Aquí todo es mar. Mar por todas partes. El mar infinito. La masa negra y palpitante—ahora incendiada—que es el mar. El «mare tenebrosum» de los antiguos. La Costa de la Muerte. Uno se queda sin voz ante el espectáculo alucinante (que atolerá a los romanos hace dos mil años). Estamos en la punta última de Europa, en esta lengua rocosa que se adentra en el mar como un gigantesco tiburón. Recordamos el verso de Tovar: «El mar y su rumor. Y siempre el mar, ola tras ola... Todo grita el poder del mar y de la vida.» Y de la muerte.

El faro comienza a lanzar sus destellos. Se ha apagado el incendio de las aguas. El sol ha desaparecido. Vienen las infinitas sombras, como una nube que se acerca y nos envuelve en el misterio. Un fuerte viento nos agita. Volvemos al pueblo de Finisterre. El coche acusa peligrosamente el viento lateral, por la derecha, donde está el precipicio. Bajamos lentamente. En Finisterre nos paramos para tomar un café. Y otra vez a Corcubión para pasar la noche en el hostel Hórreo. Para descansar a la vera del mar. De este mar infinito que va de punta a punta, como los cielos y los vientos. De este oscuro mar que nos aterra y nos fascina. Aquí en el fin del mundo. Aquí junto al «mare tenebrosum».—José FERNANDEZ FERREIRO.